

## **Yolanda Puyana Villamizar**

Trabajadora Social

Profesora Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas

Integrante Grupo Mujer y Sociedad

## **Las reinenciones de las familias**

*“La historia de la humanidad se ha consolidado a partir de la familia, una unidad de convivencia en la que el hombre era el rey de la casa... El hombre se reservó el poder, la producción y la guerra y la mujer tuvo que asumir todo lo demás... El hombre unidimensional... la mujer multidimensional...”*  
(Castells & Subirats, 2007, 17,18)

Heredamos del patriarcado las interacciones entre las personas que conforman nuestras familias<sup>1</sup>, las formas de vida cotidiana y nuestra manera de pensar como afirma Manuel Castells. Sin embargo, desde finales del siglo XX, las relaciones de género han cambiado, resquebrajándose el modelo de organización familiar caracterizado por el padre proveedor y complementado por la madre ama de casa.

En Occidente y con sus particularidades en Colombia, estamos asistiendo a estas transformaciones. En dicho cambio, además de factores contextuales, ha jugado un papel central el pensamiento feminista como dinamizador de conciencia hacia los derechos de las mujeres, quienes con su aguda mirada multidimensional y reflexiva, construyen con sus parejas nuevos pactos para la convivencia y crianza de los hijos e hijas, que dan origen a formas familiares diversas.

1 Recordemos que el concepto de familia se remonta a la Roma Imperial cuando -en medio de un patriarcado absoluto- se definió el grupo familiar como compuesto por un padre, adulto mayor, dueño de las mujeres, los hijos, los siervos y los animales.

Estamos pasando de la idealización de la familia nuclear biparental, del ideal del salario familiar en cabeza del hombre (Fraser, 1997), a formas variadas de familias<sup>2</sup>, a conformaciones de parejas que separan las funciones de padres y madres de la conyugalidad, a hogares unipersonales o a hogares donde la mujer sin el compañero conviven con las nuevas generaciones.

Los cambios en las familias colombianas y los logros de las mujeres en torno a los derechos sexuales y reproductivos, han sido interpretados por fuerzas conservadoras del país como causantes de un deterioro total de la sociedad, de forma que cualquier variación en su estructura y dinámica interna, se acusa de generador de un derrumbe social, cayéndose así en el familismo. (Puyana, 2007).

En el pensamiento de fuerzas sociales conservadoras -representadas por el Procurador Alejandro Ordóñez- se reproduce una imagen ideal de familia con una *única* conformación: la nuclear y heterosexual – esposo y esposa con hijos e hijas-, como si las formas familiares no cambiaran, como si el grupo estuviera excluido de los avances de la cultura y su conformación obedeciera a leyes divinas o a un orden biológico, ambos trasladados al orden social. Se emplea la metáfora de la familia como *la célula básica* de la sociedad escondiendo unas relaciones inequitativas y excluyentes para las mujeres, a quienes a partir de la Ilustración en Europa se les ha atribuido como responsabilidad central ser madres y de ello se deriva su dedicación exclusiva a las labores domésticas del hogar.

En este artículo me propongo tratar los cambios ocurridos en las relaciones de género, en un conjunto de grupos familiares que han innovado en la construcción de relaciones de pareja y en la forma como asumen sus relaciones paterno- materno filiales. En concreto, me centraré en contestar el siguiente interrogante: ¿Cómo hombres y mujeres construyen

2 Entiendo por el grupo familiar aquel que se construye a partir de las relaciones de parentesco, derivadas de la reproducción biológica, o de pactos sociales de parejas, de la necesidad de proteger a las nuevas generaciones, a quienes se enferman y a los adultos mayores. Esta construcción familiar está mediada por la capacidad de reflexión de las personas, el sentido de pertenencia al generar una identidad colectiva donde prevalecen relaciones emocionales e íntimas. Contiene conflictos generacionales y de género y relaciones de poder insertas que comúnmente se resuelven con la violencia (Calveiro P., 2005).

una vida familiar más equitativa? ¿Qué hitos<sup>3</sup> en su historia vital inciden en estas nuevas reconfiguraciones, en las familias, las parejas y las relaciones entre padres, madres, hijos e hijas?

Para ello, analizaré un conjunto de casos seleccionados de la investigación *Padres y madres innovadores y tradicionales*, realizada en la Universidad Nacional durante los años 2005 y 2006<sup>4</sup>, haré un énfasis especial en las relaciones de género establecidas, en la manera como las negociaron y concibieron su vida de pareja, en los hitos que ocasionaron la reinención y reorganización de los grupos familiares, la construcción de formas novedosas de feminidad, que ha llevado también a la transformación de las masculinidades.

El contexto de estos cambios corresponde a lo que se ha denominado como una época caracterizada por la “segunda transición demográfica”, que en Colombia y en muchos países latinoamericanos corresponde

3 Entiendo por hito: aquellos acontecimientos narrados por las personas como de especial significado para ellos y ellas. En la secuencia de su relato son empleados para explicar situaciones, percepciones, cambios en sus prácticas y en la secuencia de su ciclo vital. (Piña 1988).

4 Me fundamento en la investigación: *Padres y madres innovadores y tradicionales* realizada en la Escuela de Género, el Departamento de Trabajo Social y la División de Investigaciones de la Universidad Nacional de Colombia, a raíz de la convocatoria del año 2004. El estudio los efectuamos durante el año 2005 con la investigadora Claudia Mercedes Zea, estudiante de la Maestría de Estudios de Género. Analizamos los relatos provenientes de diez historias de vida de padres y madres bogotanos de estrato medio y nivel educativo profesional alto. A cada relato le hicimos un análisis de la secuencia de su vida, las acciones, los motivos, los hitos y la causalidad de su pensamiento, siguiendo la propuesta de Carlos Piña (1988).

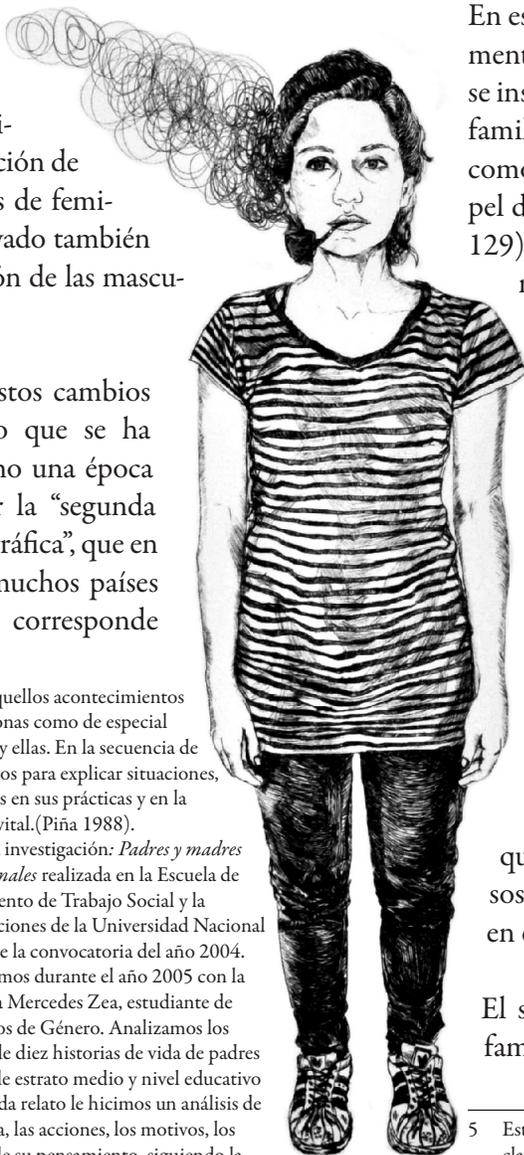
a una drástica disminución de la fecundidad, al aumento de las separaciones conyugales, de los hogares encabezados por mujeres y una salida masiva de éstas al mercado laboral. (Puyana, comp. et al. 2003).

## Se resquebraja la tradición familiar

En Occidente podemos analizar dos hitos históricos de los grupos familiares: el primero, ocasionó un cambio de la organización familiar basada en el poder del patriarca, que se produce con el desarrollo del capitalismo – siglos XVII y XVIII en Europa-. En esta época, la familia fue transformada históricamente, se rompió como unidad con la producción y se inscribió solo en la reproducción social, el espacio familiar constituyó el centro de la vida de la mujer como madre, mientras al padre se le atribuyó el papel de proveedor. Como afirma Knibierhler (1997: 129): “La declinación de la familia tradicional está marcada por un retroceso lento y progresivo, de la presencia y la potencia del padre y por una afirmación de la madre.” El mundo social se dividió en el privado, el propio de la intimidad, cuya vitalidad dependía de un corazón femenino que latiera en él. La ecuación mujer igual madre y familia igual mujer, rigió los imaginarios sociales hasta bien entrado el siglo XX (Badinter, 1989), (Fernández, 1994). Los imaginarios sobre el cuidado se justificaban a raíz del amor maternal; a la mujer se le responsabilizó de los hijos e hijas y de velar por su familia. Las mujeres de clases medias y altas concibieron sus vidas en el hogar, en contraste con las de los sectores populares quienes trabajaban también para generar ingresos, pero todas centraban su vida preferentemente en el servicio a los demás.

El sustento de la familia se basaba en un salario familiar<sup>5</sup> que entregaba el padre proveedor, como

5 Este modelo fue solo un imaginario, que alcanzaron sectores blancos de clase media en Estados Unidos y que no obedecían a las formas familiares y de organización de las familias negras.



parte de su función en una familia nuclear, donde jugaba el rol instrumental, mientras las mujeres dedicaban su tiempo a los hijos e hijas, sin recibir remuneración. Se cumplía así modelo idealizado en el análisis de la familia de Talcott Parsons (León, 1995), que exaltaba una división sexual en el hogar, muy útil para el sueño de la industrialización y expansión de la sociedad norte americana de la segunda mitad del siglo XX.

Un segundo hito de los grupos familiares, se caracterizó por el resquebrajamiento de este modelo, en la medida que se transforman las relaciones de género en los hogares, sumado a los avances en los derechos de las mujeres, de forma que cada vez más se cuestionaba la maternidad y el cuidado como única meta en la vida de una mujer. Comparto con Fraser (1997:55) su afirmación al respecto:

“La actual crisis del Estado benefactor tiene diversos orígenes – las tendencias económicas globales, los movimientos masivos de refugiados y migrantes, la hostilidad común frente a la tributación, el debilitamiento de los sindicatos” y continua explicando situaciones. Pero afirma la autora “Un factor absolutamente crucial sin embargo, es el derrumbamiento del orden de género. Los Estados benefactores existentes cada vez están más desfasados de la vida de las personas y de su comprensión de sí mismas”.

Considero con la autora, que el derrumbamiento del orden de género ha incidido en un cambio sustancial en la manera como se establece la convivencia familiar y, de forma específica, en la división sexual de funciones en su interior, en la dinámica de las relaciones de pareja y en general, en la organización de la vida cotidiana, que antes se establecía idealizando las familias tradicionales.

Los cambios en las relaciones de género no sólo conllevan el derrumbamiento del andamiaje sobre el cual se fundamentaba la familia patriarcal, sino que se ha producido una crisis en el cuidado de las nuevas generaciones sin que la sociedad se sensibilice y logre medidas para abocarlo. En efecto, en algunos

países la natalidad decae por debajo de la tasa de reproducción, las mujeres se resisten a tener hijos o hijas y el aumento de la esperanza de vida al nacer, con el crecimiento de las personas de la tercera edad, demanda una altísima necesidad de estas tareas, mientras las políticas estatales al respecto son débiles. El resquebrajamiento de las tradicionales funciones de género no implica que aún las funciones de cuidado continúen estando a cargo de las mujeres y persistiendo una fuerte inequidad en las parejas. (Castells, Subirats, 2007).

### Las familias colombianas: diversidad y movilidad

La familia nuclear compuesta de padres madres y su prole, ha persistido en el ideal de los imaginarios culturales en contraste con las múltiples formas familiares tratadas con desprecio entre los sectores dominantes, pero que pululan en la convivencia familiar. En efecto, desde la Colonia, quienes reconstruyen nuestra historia han destacado el mestizaje a través de formas ilegítimas como parte de nuestra configuración familiar y cómo, en últimas, somos hijos e hijas del *pecado* y de la *ilegalidad*. A mediados del siglo XX Virginia Gutiérrez de Pineda registró que en el país las formas familiares habían sido muy variadas; por ejemplo, en la región Atlántica y Pacífica ha primado la ilegalidad en las uniones maritales y la familia extendida - y con frecuencia poligámica-, jugó un papel central. En otras regiones, como la cundi-boyacense, a pesar de su formalidad, ha sido corriente la presencia de madres solteras en las familias y de las uniones interclase entre hombres ricos y mujeres pobres.

En este contexto, la paternidad y la maternidad han cambiado. Al comienzo del siglo XX realizamos un estudio interuniversitario sobre los cambios de la paternidad y la maternidad en Bogotá, Medellín, Cali, Bucaramanga y Cartagena (Puyana, et al., 2003), en el que encontramos transformaciones heterogéneas tanto del significado como de las actuaciones de padres y madres: unos adoptaban la postura

tradicional, otros estaban transitando hacia otras maneras e innovaban respecto a sus antecesores, pero mantenían la tradición. Finalmente analizamos un grupo minoritario que había realizado rupturas respecto a sus progenitores y llevaba una vida familiar en la que primaba la equidad en las funciones domésticas y la proveeduría como corresponsabilidad y un pensamiento libertario.

Una nueva revisión de las entrevistas hechas a raíz del estudio citado del 2003 y otras que complementamos en el 2006 y después de un análisis profundo de las narrativas, nos permitió clasificar a un grupo de padres y madres como en ruptura e innovadores. Se trataba de un grupo de cuatro padres y cuatro madres de estrato medio de Bogotá, con una edad promedio de 48 años, de un nivel educativo universitario, que asumían su vida familiar tratando de ser consecuentes entre sus significados y acciones, buscando romper con la tradicional división sexual del trabajo en el hogar.

Con relación a sus formas familiares, fue común encontrar que prevalecían las uniones informales, convivían sin un matrimonio previo o formaban una unión estable diferente al rito católico. Esto indica su independencia de las demandas sociales que obligan a cumplir con los rituales matrimoniales y mayor secularización en sus comportamientos. En el caso de las mujeres, como causal de separación aducían la de oponerse a ser tratadas como esposas de tipo tradicional.



La mitad de padres y madres innovadores tienden a conformar hogares de tipo monoparental, producto de una separación anterior, así establecieran una nueva relación de pareja, y este tipo de hogar no era impedimento para que establecieran relaciones afectivas que no tienen como plan inmediato la cohabitación, ya que para unos y unas, cuando los hijos son muy pequeños priman los espacios y tiempos separados de sus parejas. También se organizan en hogares de tipo superpuesto, como resultado de la convivencia con hijos o hijas de uniones anteriores. Por lo general, estas parejas mantienen relaciones con las madres o padres biológicos de sus hijos, sin que se den rivalidades entre ellos y ellas. Similar situación fue encontrada para el caso de Medellín por Blanca Jiménez (2002).

En general, estos padres y madres innovadores, no han construido un modelo único en cuanto a las relaciones de pareja y entre padres, madres e hijos; han buscado varios caminos para cumplir su rol, sin una posición predeterminada, se conforman relaciones de pareja más bien movilizadas o formas de amor líquido, en el lenguaje de Bauman (2005), por cuanto conforman nuevas uniones y formas distintas de familias; han construido varias identidades en la medida que la vida les impone nuevos hitos o desafíos.

Cuando conviven en pareja ejercen en conjunto la proveeduría o invierten las funciones tradicionales de género. De todas formas asumen las labores domésticas como una responsabilidad compartiéndolas según la disposición y el gusto.

Las madres aquí analizadas se iniciaron laboralmente una vez avanzados o finalizados sus estudios universitarios; todas combinan su proyecto de vida laboral con la maternidad; han identificado las diferencias entre ser mujer y ser madre y ven en el trabajo remunerado una ganancia de autonomía e independencia y, al tiempo, como una vía para alcanzar

la capacidad de dar a sus hijos mayores posibilidades materiales. Las separaciones, la conformación de familias reconstituidas o recompuestas, se relacionan con los cambios en las relaciones de género, pues las mujeres no están dispuestas a jugar un rol maternal que les cercena sus proyectos individuales y los hombres tampoco aceptan frustrar su vida afectiva cuando con la pareja no se comprenden. Todas estas formas de interrelacionarse no son ajenas a conflictos que tratan de ser manejados a través del diálogo. Como afirman Meler y Burin:

*El mejoramiento de la condición social femenina, que hoy día está acercándose al ejercicio pleno de la ciudadanía, hace más visible el hecho de que en las parejas conyugales, no solo existe el amor y la solidaridad sino que muchas veces se presenten conflictos conyugales que evidencian la existencia de intereses individuales contrapuestos. (1998, p. 240).*

El promedio de hijos de los padres innovadores es de 2.2; el de las mujeres 2.75. La mayoría de los padres y madres no planificaron su primer hijo, no recuerdan haber conversado con ellos o ellas al respecto y más bien descubrieron la sexualidad con el grupo de pares. Por el contrario, ya adultos afirman haber informado a sus hijos e hijas, coordinarse con el colegio, para ilustrarlos al mismo tiempo. Cuando meditan al respecto, no manifiestan angustia sobre el ejercicio de la vida sexual de sus hijos; observan en cambio que la sexualidad es parte de la vida y se preocupan más porque sus hijos establezcan relaciones afectivas, solidarias y enriquecedoras.

Su organización familiar es flexible y cambiante; obedecen a lo que se denomina familias posmodernas (Eva Giberti, 2005). Es decir, no obedecen a esquemas o modelos prefijados por la tradición religiosa y social. Se tiende a la atención y el cuidado de los hijos como responsabilidad individual y la convivencia en pareja no se justifica como consecuencia de los hijos. Las familias tienden a asumir la paternidad y la maternidad como responsabilidad individual,

como lo planteaba Cebotarev (1997), cuando hacía el paralelo entre las familias de Colombia y Canadá.

La conformación tan variada de sus hogares, nos lleva a reafirmarnos en que el tipo de unión no genera por sí democratización de las relaciones de género. Lo que sí provoca este cambio, son los pactos que se establecen y la forma como se relacionan en el día a día.

En estos hogares persiste una corresponsabilidad del trabajo doméstico y una tendencia a la horizontalidad de las relaciones; la mayoría aún lo realiza de manera parcial condicionado a la disponibilidad de tiempo, según sus trabajos remunerados; reconocen que las labores domésticas y el cuidado de los hijos son trabajos arduos por lo cual, esperan, se presenten las condiciones para “equilibrar las cargas de lado y lado”. Contratan empleadas domésticas de tiempo parcial para la realización de las labores más pesadas (lavado de ropas, aseo de baños, etc.), dado que los dos miembros de la pareja trabajan fuera del hogar. Las mujeres y los hombres con hogar tipo monoparental son proveedoras/es y al mismo tiempo realizan el trabajo doméstico, buscando la participación de sus hijos.

Con sus hijos o hijas, se expresan a través de la afectividad y establecen la autoridad en concertada. Las madres por su parte, empleaban un discurso democrático en la vida familiar coherente con las prácticas: intentaban construir normas a través del diálogo.

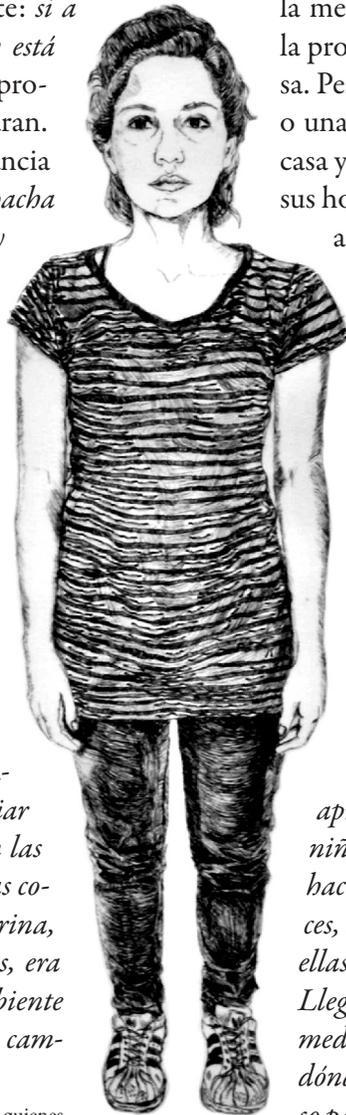
### **Luis y Luz, un padre y una madre en ruptura con las tradiciones familiares**

Para finalizar vamos a analizar dos historias de vida que corresponden a las innovaciones mencionadas: un padre que forma un hogar nuclear biparental y una madre separada que ha formado un hogar monoparental y mantiene una relación de pareja abierta. Comparto con Mead (1997), su visión acerca de las rupturas, como algo que cambia al tiempo la persona y la cultura: “Una ruptura significa, tanto interior

como exteriormente, un cambio tal en el sentimiento de identidad y continuidad que se asemeja a un renacer, un renacer dentro de una nueva cultura”.

Luis es oriundo de Bogotá, hijo de un empleado del ferrocarril que se traslada a Soacha con su familia. Recuerda un padre que viajaba, muy pendiente de lo de la casa ya que *traía fruta y mucha comida*<sup>6</sup>. Su madre *no trabajaba*, según él: *porque estaba al cuidado del hogar*. Luis recuerda que: *creía que los hombres dan el dinero y que las mujeres hacen el mercado, la tradición marcaba que el hombre era el que trabajaba y así mismo, en las familias de mis tíos también*. El padre los castigaba fuerte: *si a uno le daban esas ventoleras hay está el garrote* y autorizaba el que los profesores del colegio los maltrataran. Sin embargo, Luis relata una infancia como época muy lúdica, pues *Soacha era un pueblo de puertas abiertas y no había maldad*.

Un primer hito que narra es el de separarse desde muy joven de la religión Católica: *le tomé alergia a la religión católica, pues era obligatoria: la ida a misa, el uso del uniforme almidonado (muy incómodo), los domingos la misa era de 7 y con banda de guerra*. Otro hito importante lo constituye su cambio de residencia nuevamente a Bogotá, pues debe adecuarse a esta situación: *un choque al entrar a estudiar y luego a trabajar, se me alteraron las rutinas, era muy ingenuo en ciertas cosas, tenía una mentalidad pueblerina, las muchachas eran más liberadas, era mucho contraste. Yo era de un ambiente muy sano, muy tranquilo, era un cam-*



*bio muy drástico, muy brusco, muy pesado, pero sobre todo porque no tuve a nadie que me preparara*.

En Bogotá hace su carrera como economista; luego se casa por lo civil con una compañera de universidad. Ambos al principio estudiaban y trabajaban y afirma que: *tuvimos tres años en que disfrutamos mucho del baile y de la fiesta*. En ese sentido el primer hijo constituyó un hito y un nuevo reto para desarrollar su identidad de padre. En general, afirma que su nacimiento les produce: *un cambio de vida total, se acaba esa libertad hasta para dormir, que lavar los pañales, que su tetero, que hacer de comer*. En la medida en que nacen sus otros hijos comparten la proveeduría y los oficios domésticos con su esposa. Pero dadas las carreras profesionales de cada uno o una, él puede optar por quedarse más tiempo en casa y asume los cuidados de ellos, en la medida que sus horarios se convierten en más flexibles, y porque

así se siente satisfecho. Así recuerda: *“a mí me gusta estar en mi casa y siempre encuentro qué hacer”*. Otra coyuntura que lo acercó a las labores hogareñas, fue su retiro de la empresa donde trabajaba, mientras que su esposa cada vez asciende más en la empresa, en su carrera de ejecutiva y debe comenzar a desplazarse por varias semanas fuera del hogar.

El trabajo de su mujer y en especial una comisión a Cartagena por un año, constituye un hito central para Luis en su papel de padre, pues debe asumir solo el cuidado de los niños y las labores de la casa. Así lo relata: *Sentí un gran desamparo, pero finalmente decidí y aprendí todo lo referente a la cocina, la ropa y los niños. Pensé: ¡Dios mío, yo que hago!, yo no sabía hacer una pasta, yo no sabía hacer un arroz;, entonces, a mí me tocaba pedirle el favor a mi hermana, ellas venían, arreglaban y me sacaban del problema. Llegaban los niños: que las medias papi, es que esas medias se me escurren. Pero yo, qué medias, ¿en dónde?, si yo no he comprado medias. Viene el proceso para mí, fue muy fuerte, porque yo era responsable*

6 Las cursivas corresponden al relato textual de quienes entrevistamos.

de los 3 niños. Entonces, yo me fui a donde una señora y ella me iba colaborando, me iba diciendo, pues me vi en la necesidad, empecé a hacer un arroz, una pasta, un agua de panela, el chocolate. Desde entonces, negociamos con Rosita: ahora por ejemplo, cuando yo me levanto tipo cuatro de la mañana, les hago el jugo y les llevo a la cama. Nos fascina la ensalada de frutas, entonces corto la papaya, el banano, el melón y me sale la ensalada. Pero entonces, a mí me toca levantarme primero. Este relato, para mí constituye una vivencia de respuesta a una circunstancia contextual en la que expresa un cambio en su masculinidad, de las tareas que la cultura le impuso a su padre, del deber ser masculino, mientras él como persona construye una respuesta alternativa, que acoge con temor, pero al tiempo con satisfacción.

Luis se autodefine como muy liberal en la educación de los hijos e hija y a diferencia de su familia de origen, busca que tomen decisiones, que *puedan encontrar lo que a ellos verdaderamente les guste y que lo hagan con amor, con convencimiento, que desarrollen sus valores humanos y que puedan sentir satisfacción sirviendo.*

En la historia de Luis se destacan sus cambios en las identidades: varió en su identidad *pueblerina* y especialmente en los roles de padre y esposo. Mientras la mujer logra ascenso salarial y una carrera laboral prestigiosa, él se concentra en las labores de la casa y se define como *muy casero*. Se presenta una inversión de roles, opuesta al ideal de familia parsoniana y construye otra paternidad. Meler (2000, p. 275) se refiere a ellos como los padres cuidadores, “el padre presente, el padre carnal, cotidiano que transmite ternura, cuidados y enseñanzas a sus hijos”. Esta autora coincide en relacionar las variaciones en las masculinidades con otros factores contextuales que han incidido en estos cambios, como el sistema globalizado de contratación laboral que ha generado dificultades para el empleo y que exige otro tipo de cualidades diferentes a la fuerza para vincularse al trabajo. Como plantea Eva Giberti: *Han surgido*

*nuevas identificaciones masculinas ajenas a la dimensión del varón patriarcal y al macho latinoamericano, que están asociadas a los procesos macrosociales, que encuentran en los medios de comunicación informaciones acerca de los comportamientos paternos, no necesariamente autoritarios”.* (2005, p. 226).

Luz, ejecutiva de estrato alto bogotano, proviene de una familia extensa, se presenta como una mujer que reflexiona constantemente sobre las diferentes etapas de su vida, identificando lo que cada una de ellas aportó en la construcción de sus identidades. Se refiere a su infancia en los siguientes términos “*se supone que yo era consentida, pero era consentida para unos amorcitos y pare de contar. Yo creo que tal vez la natación fue como un mecanismo de defensa para no darme cuenta de lo demás del mundo, siempre fui una persona más bien sola en ese sentido, muy encerrada, muy independiente”.* Dos hitos incidieron en su forma de construir su identidad durante la infancia: por un lado, la enfermedad de su hermano - una esquizofrenia- tratada por sus padres como algo oculto y vergonzoso y por otro, su inserción al deporte y a la natación, como actividad formadora, lo cual le enseñó una enorme capacidad de auto reflexión. Así narra esta experiencia:

*“El médico le dijo a mi mamá que me pusiera a hacer deporte para ver si me calmaban un poquito y por la concentración, parece que yo era muy despistada y la natación le exigía a uno concentrarse y coordinarse mucho. Así arranqué y me gustó muchísimo. Me gustó ese poder estar yo, con yo. Como dice mi mamá yo soy cusumbo-sola. Tenía aptitudes y me iba bien, tenía motivaciones permanentes por las competencias”.*

Recuerda la adolescencia, en medio del deporte, pero a la vez con múltiples restricciones debido a los controles ejercidos por sus padres. A esta situación aduce el motivo de su matrimonio:

*“Me casé muy pronto después de conocer al padre de mis hijos. Porque mi papá era muy celoso y grosero, ponía mucho problema para las salidas, no se podía ir ni a la*

*esquina, cada salida era un lío. Nos casamos pronto para poder ser novios, yo no supe fue, si me enamoré de él, me enamoré del amor o de la opción de la salida, de hacer mi vida. No tenía parámetros con que mirar la realidad. Pues sí, enamorada del amor, todo color de rosa todavía, eso no es bueno. Porque a uno lo tenían en una cajita de cristal, todo protegido, si tú estás acostumbrado que la vida es color de rosa y te sueltan a los 20 años”.*

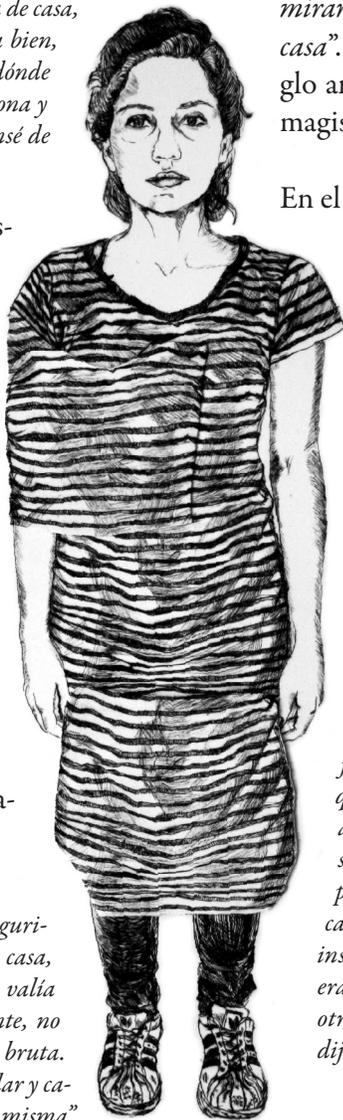
Las situaciones difíciles las vive cuando se enfrenta a la maternidad y debe asumir el rol tradicional exigido por su marido:

*“Siente que se arranca una vida un poco mentirosa, color de rosa. Uno tenía el rol de la mamá que también era la perfecta mamá, la perfecta ama de casa, la perfecta señora, todo le funcionaba bien, todo lo tenía organizadito. Pero ¿dónde estaba la mujer, dónde estaba la persona y dónde estaba la amante?, y yo me cansé de ser la perfecta”.*

Si bien por varios años Luz construye su identidad en torno a ser una *perfecta ama de casa*, madre sacrificada y dedicada a los hijos, mientras su esposo prosperaba en la empresa y cumplía su rol de proveedor, su constante reflexión le va mostrando que no era ella misma y quería ser otra.

Luz comienza una intensa lucha entre el papel que estaba jugando y la búsqueda de una identidad más acorde con sus expectativas; así sintetiza esta situación:

*“llegué a un punto donde perdí la seguridad porque yo sí era buena ama de casa, buena mamá pero como persona no valía nada, no era capaz, no era inteligente, no era bonita. Yo llegué a sentirme fea, bruta. Por mi manera de ser también de callar y callar, fui perdiendo la seguridad en mi misma”.*



Considera que el trabajo le ayudó a salir de esta situación el sentirse valorada cuando comenzó a incursionar por ese espacio, como ella misma narra: *“me metí por el lado del comercio y empecé hacer negocios y me encontraba con gente, la gente me apreciaba y la gente me admiraba y también me echaban el piro, entonces yo dije: ¿cómo así?”, entonces puedo hacer negocios, entonces no soy tan bruta”.* La vivencia de este contraste lleva a Luz a hacerse cuestionamientos sobre lo que quiere para su vida: *“Yo no quería ser el trapo viejo de la casa, o me valoran como persona, como mujer o no funciona. Yo quería ser profesional, yo quería destacarme, yo quería ser capaz, yo quería mirar otros mundos distintos a estar encerrada en una casa”.* Esta constituye la misma reflexión que un siglo antes destaca Ibsen en su personaje Nora, de la magistral obra de teatro *Casa de muñecas*.

En el mismo sentido manifiesta:

*“Si yo no me siento bien o me siento agredida o me siento poquita, yo no voy a darle lo mejor a mis hijos. Las personitas más cercanas eran ellos, entonces pues era muy importante estar yo bien, sentirme valiosa, sentirme importante, sentirme útil, sentirme mujer, sentirme mamá, sentirme mucho para poder dar mucho”.*

Sentía que su maternidad estaba llena de reparos, por las disposiciones dictadas por su marido.

*“El día en que me dijo: si quieres seguir conmigo tienes que dejar de nadar, de hacer gimnasia o de jugar tenis y de trabajar. Yo lo miré y le dije: ¿qué quiere que yo haga, qué deje de hacer las únicas tres actividades que me han fascinado en la vida y que son parte de mí? ¿qué hago, sentarme aquí a seguirme pobretando? Además hubo dos episodios que me marcaron muchísimo: uno, sentirme violada, en un viaje insistiéndome a que tuviéramos otro hijo y la insistencia era ¡claro!, en vez de dos, tres, más amarrada queda; el otro volver de donde el psiquiatra y que ni siquiera me dijera: ¿qué te pasa?”.*

De todas maneras a la capacidad de auto reflexión de Luz se suma la rebelión con los roles tradicionales de género, la vinculación con el trabajo - como hito central que la vuelve a hacerse sentir valorada-, las consultas a amigas que habían vivido procesos similares, acudir a terapeutas. Todo esto va permitiéndole ganar una fuerza necesaria para romper las cadenas que había creado ante un marido patriarcal que no pensaba en cambiar. Con la separación logra encontrarse a sí misma y construir una nueva identidad, como ella dice:

*“poder ser uno, distinta a la formación de la casa, que tiene que ser, pero, para darles gusto a los demás. Cuando uno ya no tiene que rendirle cuentas a nadie y puede ser uno, como quiere ser, como es en realidad, sin estar haciendo esfuerzos especiales por ser otra cosa que no es. Esto es clave y da mucha satisfacción”.*

En el momento de la separación rompe la relación con su madre, quien la controla para que vuelva al rol anterior y quiere evitar que se convierta en una mujer separada, para ella mal vista por su grupo social de referencia.

*“Mi mamá seguía queriendo que yo permaneciera haciendo lo que a ella le parecía que era lo mejor. Pues llevaba a mis amigos y hacía rumbas con ellos; mi mamá me llamó al orden, me dijo que le estaba irrespetando la casa. Me dijo que era el estigma de la familia, que estaba metiendo droga, que en qué andaba yo. Lo único que yo estaba haciendo era trabajando juiciosa para poder seguir sosteniendo los hijitos y las obligaciones que tenía. Mi papá fue más flexible, lo único que si me dijo fue: acuérdate que en esta sociedad mujeres solas, separadas, bonitas, todo el mundo las quiere fregar, mucho cuidado”.*

De todas formas ambos padres recuerdan a la irreverente mujer el peso de la tradición y el poder que se ejerce sobre sus cuerpos, cuando toman la decisión de independizarse de los lazos matrimoniales, que entre los estratos altos bogotanos afectan el honor de la familia. La presión social encarnada en los padres tiende a constreñir la vida de la mujer, obligándola a ejercer el rol de madre y esposa en contra de sus deseos de autonomía y búsqueda de

una mayor capacidad para dirigir su destino. En este sentido Luz como madre en ruptura con las tradiciones construye una identidad a partir de oponerse a intensas tradiciones de género, cuyo rompimiento implica dolor y sufrimiento. *“Aún mi mamá no logra aceptar que el mundo es distinto, que yo soy otra persona diferente, que tengo una relación establecida que no está dentro de los parámetros que ella hubiera querido”.* Finalmente, Luz construyó una relación de pareja sin convivencia, en contra de las disposiciones maternas:

*“Mi relación la manejo con mucha independencia, es delicioso. Compartimos mucho él y yo, de golpe con los hijos, pero realmente su espacio con sus hijos es de él y mi espacio con mis hijos, es mío, no revolvemos. Hay distancias y más respeto hay menos probabilidades de roces, más tranquilidad y la idea de la relación de una pareja ahorita es que sea rico, que no sea tormentoso”.*

Con respecto a la forma como educa a sus hijos, Luz quiere marcar una diferencia con respecto a la manera como ella sintió la educación en su hogar de origen y proyecta fundamentarse en la capacidad para que puedan manejar su libertad:

*“que no tengan toda esa presión que tuvimos nosotros de reglas, de normas, de que te digan qué puedes hacer, qué no puedes hacer, posesivas, porque en las relaciones que nosotros teníamos tu eres propiedad mía y por supuesto, no puedes hacer nada sin que yo te de permiso. Quisiera primero que fueran muy autóctonos, muy seguros y felices. Obviamente la felicidad son momentos”.*

Valoro estos relatos de vida porque van mostrando los hitos que han hecho resquebrajar la forma de familia tradicional tan estimada hasta mitad de finales del siglo XX y que otra vez fuerzas conservadoras quieren retomar. Se observa así que, por una parte, el contexto social va demandando nuevas alternativas pero, al tiempo, la capacidad de auto reflexión de cada persona va jugando un papel central en la construcción de nuevas relaciones de género. Ella y él van gestando el rompimiento con las formas patriarcales de familia que les subyuga. En ambos casos

comienzan a construir otros significados de sí mismos y de la maternidad y de la paternidad. La madre, al resquebrajar la ecuación mujer igual madre, se abre nuevos espacios para sí, conforma otra forma de familia más acorde con las nuevas construcciones de su identidad. El padre, encuentra en las actividades domésticas satisfacción, le atrae participar activamente en la crianza de los hijos y la hija, y no se involucra en la carrera competitiva que el mercado laboral le demanda.

Sin definirse como feministas, estos padres y madres en ruptura con tradiciones culturales patriarcales han recibido elementos de cambio propios del feminismo y del pensamiento posmoderno difundido en la última parte del siglo XX. Todo esto incide en la creación de un ambiente cultural que facilita el que los hombres asuman con mayor tranquilidad tareas antes preestablecidas como masculinas y que la mujer se rebelde contra un ambiente cercenador y tradicional.

Un pensador como Anthony Giddens (1995) reflexionó acerca de la forma como se inscriben las personas en la modernidad reciente, a raíz de comprender los cambios sociales como integrados a la vida personal y no como una imposición del medio externo a la persona. En efecto, de una rígida división sexual de actividades delimitadas entre lo femenino y lo masculino, de la cual se derivaban las relaciones pareja, la paternidad y la maternidad, se reconstruyen relaciones

basadas en los intereses y capacidades de cada uno o una. Se presenta a la vez, un cambio de las relaciones paterno materno filiales, ya que de padres tóxicos cercenadores de la iniciativa de hijos e hijas, se pasa hacia padres que brindan un *amor confluyente*, en términos del autor citado, porque se dirige a construir seres más autónomos. (Giddens, 1997).

Quisiera traer a cuento una reflexión de Marina Subirats ante la pregunta que se quiere contestar con Manuel Castells, donde analizan los encuentros y desencuentros de la feminidad y la masculinidad, en el texto: *Mujeres y hombres ¿un amor posible?* (2007:320):

“Yo creo que las mujeres seguimos tratando hoy de defender la posibilidad de todo tipo de amor. ... Pero quizá la manera de defenderlo hoy es provocar una crisis, porque la vieja relación hombre y mujer que tantos varones añoran era demasiado desigual, demasiado cruel y ya basta. .... Si los hombres son capaces de cambiar, el encuentro se producirá de nuevo, de otra manera, sin roles preestablecidos, más abierto y más libre...”

## Bibliografía

Badinter, E. (1989) *¿Existe el amor maternal?* Barcelona, Paidós.

Burin, M., I. Meler (2000), (1998) *Varones, género y sexualidad masculina*. Buenos Aires, Paidós.

Castells M., M. Subirats M. (2007). *Mujeres y hombres ¿ Un amor imposible ?* Madrid, Alianza Editorial.

Calveiro, Pilar. (2005) *Familia y poder*. Editorial Araucaria. México.

Cebotarev, Nora (1997) “Del modelo patriarcal al modelo de familia de responsabilidad individual.



Una comparación entre Canadá y Colombia”. En: IV Conferencia Iberoamericana sobre familia. Universidad Externado de Colombia. Bogotá.

Dueñas, Guiomar (1997) *Los hijos del pecado*. Universidad Nacional de Colombia.

Fernández, A. M. (1994) *La mujer de la ilusión*. Buenos Aires. Paidós.

Fraser, N. (1997) *Justitia Interrupta*. Bogotá, Siglo del Hombre Editores.

Giberti, E. (2005) *La familia a pesar de todo*. Buenos Aires. Ed. Familias. Ed. Noveduc.

Giddens, A. (1995) *La modernidad y la identidad del yo. El yo y la sociedad en la época contemporánea*. Ediciones Península.

\_\_\_\_\_ (1997) *La transformación de la identidad*. Madrid. Editorial Cátedra.

Gutiérrez de Pineda, Virginia (1996) *Familia y Cultura en Colombia*. Medellín. Universidad de Antioquia.

Jiménez, Blanca (2002) *Los tuyos, los míos y los nuestros*. Medellín, Universidad de Antioquia.

Knibierhler, Y. (1997) “Padres, patriarcado y paternidad”. En: S. Tubert, *Figuras del Padre* (pp. 117-137). Madrid, Feminismos.

León, M. (1995) “La familia nuclear: orígenes de las identidades hegemónicas masculinas y femeninas”. En: Arango Luz Gabriela et al., *Género e identidad. Ensayos sobre lo femenino y lo masculino* (pp. 20, 35). Bogotá. Tercer Mundo y Universidad Nacional de Colombia.

Mead, Margaret (1970) *Cultura y compromiso. Estudios sobre la ruptura generacional*. Madrid. Gedisa.

Piña, C. La construcción del sí mismo, en el relato biográfico. Revista Paraguaya de Sociología. Año 25 No. 71 (enero y abril)

Puyana, Y. et al. (comp.) (2003) *Padres y madres en cinco ciudades colombianas. Reproducción y cambio*. Universidades Nacional, del Valle, Cartagena, Antioquia y Autónoma de Bucaramanga.

\_\_\_\_\_ (2007). “El familismo: una crítica a la perspectiva de género y al feminismo”. En: Y. Puyana, *Familias, cambios y estrategias*. (pp. 263- 278). Bogotá. Unibiblos. Universidad Nacional.

\_\_\_\_\_ (2006) “Padres y madres tradicionales e innovadores. Una lectura desde la clase social y el género”. Material inédito. Informe de investigación. Universidad Nacional de Colombia.